

Lala y Lola



Texto: Mireia Vidal

Ilustraciones: David Carretero

Si un día lluvioso os fijaseis en el agua que cae por el cristal de una ventana, ¿seríais capaces de distinguir entre dos gotas? Pues eso es lo que le pasaba a todo aquel que conocía a Lola y Lala; o a Lala y Lola, porque nadie lograba saber nunca quién era una y cuál la otra.

Las dos hermanas eran tan idénticas que ni sus padres conseguían distinguirlas. Por eso, cuando llamaban a una, siempre aparecían las dos con los mismos rizos recogidos bajo un lazo rojo, su sonrisa de dientes desordenadas y ese mismo caminar ruidoso.

A Lola y a Lala les gustaba mucho estar juntas. Coincidían en todo, y cuando una tenía ganas de jugar a las cocinitas, la otra consideraba que era el mejor juego del mundo; y si la otra quería hacer un puzle, la otra creía que era una idea estupenda. Así era fácil divertirse, y compartían tantas cosas, que a menudo les gustaba presumir de cómo se parecían.

"*Seguro que una es más glotona que la otra*", les decían. Pero las dos demostraban que podían zamparse una docena de golosinas con el mismo deleite.

"*Una debe ser más lista que la otra*". Pero entonces resolvían una complicada operación matemática a la vez.

"*Me juego el cuello que una de las dos es más orgullosa que la otra*". Pero de eso también iban servidas por igual. Y así comenzó la triste historia de Lala y Lola.

Los años pasaron, y de Lala y Lola poca gente se acuerda. Hay quien dice que fue culpa de Lala, pero también hay quien cree que fue Lola. Lo cierto es que nadie sabe cómo ni por qué, pero de repente las dos hermanas dejaron de hablarse, y ahora son dos viejas gruñonas y mal encaradas que casi nunca salen de casa. Lola vive en la parte derecha de la plaza del pueblo y Lala, a la izquierda. Nadie recuerda cuánto hace que alguna de las dos cruzó la plaza, y cada una hace vida en su parte del pueblo para no tener que cruzarse con la otra. Incluso hoy, que es el día en que se encienden las luces del árbol de Navidad que preside el centro de la plaza, ellas observan las luces desde sus balcones, para evitar encontrarse.

Menos mal que la gente del pueblo es amable y siempre hay alguien que las visita y les lleva unos barquillos o unos turrónes. Lola y Lala agradecen la compañía, pero todos se acaban marchando con sus familias y ellas vuelven a quedarse solas. Lola come un turrón sentada en el sofá del comedor y Lala mordisquea un barquillo en la cocina. Ambas tosen porque tienen la garganta delicada pero están tan lejos que ya no se oyen. Después recogen, cierran los postigos de las ventanas y se acuestan, sabiendo que pronto será Navidad y estarán solas.

Pero esta noche, la luz del árbol de la plaza se cuela por la persiana del balcón de Lola y la despierta. ¡Qué bonito se ve el árbol iluminado en la oscuridad! Pero más bonito debe verse desde abajo, apuntando hacia el cielo. Lola vuelve a meterse en la cama, pero se ha desvelado y decide bajar a ver el árbol, ahora que la plaza está vacía.



Abrigada con bufanda y guantes, arrastra sus pies cansados hasta el centro de la plaza. Sí que es cierto que el árbol se ve bonito, tan grande y majestuoso. Pero hace un poco de viento y una de las bolas que lo decoran, se desprende de la rama y sale rodando. Lola intenta cogerla pero la bola se escapa hasta el otro lado de la plaza. Siguiendo un impulso, Lola va detrás de ella y pronto se da cuenta de que se ha detenido ante la puerta de su hermana. ¿Cuántos años hace que no entra?

Demasiados, piensa. ¿Quizás hoy...? ¡Pero no! Después de lo que pasó, que venga ella.

Lola coge la bola, frunce el ceño y deshace el camino. Pero cuando se pone de puntillas para volver a poner la bola en el árbol, oye un carraspeo y descubre al otro lado de las hojas a su hermana, que está colgando una guirnalda. Parece que esta noche se han despertado las dos y, como que se parecen tanto, las dos han querido bajar a ver el árbol.

Hace muchos años que no se encontraban, pero no les cuesta reconocerse. El mismo cabello rizado y blanco, los mismos dientes desordenados y un caminar que hace un ruido diferente al arrastrarse. De pronto, sonrían viendo que han envejecido exactamente igual, pero siguen pareciéndose en terquedad y ninguna de las dos es capaz de dar un paso para saludarse. Lola empuja los pies hacia su casa y Lala da un giro hacia su portal. Pero mientras hacen el camino, las dos intentan recordar cuándo fue la última vez que hablaron. ¿Qué era aquello tan importante que hizo que se distanciaran y dejaran de relacionarse? Por más que buscan en sus recuerdos cansados, ni una ni la otra es capaz de recordar qué les molestó tanto. ¡Y qué rabia les da no poder encontrar una respuesta! Tanta, que ninguna de las dos está dispuesta a renunciar y, sin pensarlo dos veces, las dos se giran y preguntan:

—Oye, ¿Tu sabes...?

Pero lo cierto es que ninguna de las dos recuerda el cómo ni el por qué. ¿Y de qué sirve estar enfadado cuando ni siquiera recuerdas el motivo?



Si no fueras tan orgullosa, piensan a la vez. Pero ninguna de las dos dice nada porque, viéndose tan iguales, comprenden que esto es precisamente lo que las ha alejado todo este tiempo. Ni la una ni la otra han sabido ceder, porque siempre han tenido el mismo orgullo. Un orgullo que te hace terco y que te encierra en tu mundo. Un mundo que se les ha quedado demasiado pequeño. Pero como se parecen tanto, las dos sienten la misma pena en el pecho. Y como a ninguna de las dos les gusta estar tan tristes, y como las dos están igual de hartas de esta situación, las dos se giran a la vez.

- ¿Quieres venir a casa?

Pero ninguna de las dos contesta, porque las dos tosen. Y luego sonrían. Y se explican lo del dolor de garganta y recuerdan cuando su madre les preparaba una bebida caliente con hierbas. Y una dice que tiene hierbas en casa y la otra dice que le quedan barquillos, y las dos creen que hace demasiado frío y deciden entrar en casa. ¿En la tuya o en la mía?

Hay quien dice que esa noche vio a las dos hermanas paseando juntas por la plaza. Hay quien afirma que entraron en casa de Lala, y otros que fueron a casa de Lola. Pero lo cierto es que, después de esa noche, siempre volvieron a estar juntas. Pero esto era fácil, porque las dos prometieron que no volverían a separarse. Y como en terquedad y orgullo se parecían tanto, nada ni nadie las hizo cambiar nunca de idea.

Fin

FAROS

La guía de la salud y el bienestar para tus hijos



Los cuentos de la abuela es un recopilación de cuentos que el Observatorio de la Infancia y la Adolescencia FAROS pone al alcance a través de su página web (<http://faros.hsjdbcn.org/>) con el objetivo de fomentar la lectura y difundir valores y hábitos saludables en la población infantil.

FAROS es un proyecto impulsado por el Hospital Sant Joan de Déu Barcelona con el objetivo de promover la salud infantil y difundir conocimiento de calidad y actualidad en este ámbito.



SJD

Sant Joan de Déu
Barcelona · Hospital